

1 - La esfera

"La mitología es un diccionario de jeroglíficos vivientes".
—Charles Baudelaire, *Théophile Gautier* (1859).

Oxford - Reino Unido - abril de 2006

James Parker miraba pensativo por la ventanilla del tren. Perplejo, se rascó la cabeza, se acarició la barbilla y volvió a colocarse las gafas en el puente de la nariz con el índice.

La niebla se disipaba poco a poco. Ahora podía distinguir una cadena interminable de fachadas de ladrillo rojo que discurrían junto a la vía férrea.

A sus cuarenta y siete años, el académico aparentaba menos edad. Después de haberse tomado un año sabático, irradiaba energía y dinamismo.

Tenía el pelo largo, castaño claro y barba de tres días. Sonriente, alto y elegante, tenía el aspecto de un hombre culto y refinado. Poco podía imaginar que lo que iba a vivir aquella jornada cambiaría totalmente el curso de su vida.

El día anterior, una conversación telefónica con su antigua asistente, Margareth Thomson, lo había perturbado.

A petición de ella, tomó el tren de la mañana siguiente desde la estación londinense de Paddington hasta la Universidad de Oxford.

Margareth había asumido la cátedra¹ vacante de arqueología tras la licencia sabática de James.

La ambiciosa científica había reorientado las investigaciones del departamento hacia su especialidad: las civilizaciones mesopotámicas.

Al pensar en la joven, Parker recordó el final de la conversación: su insistencia era mucha, tanto así que su voz temblorosa delataba una ansiedad palpable.

¹ Cargo académico, generalmente de alto rango, ocupado por un profesor dentro de una universidad o institución.

— Por favor, deja de hacerme tantas preguntas. No puedo decirte más por teléfono.

Había susurrado hasta hacerse apenas audible.

— Por favor, ven a Oxford y te contaré más detalles allí mismo. En la universidad, podremos hablar con más libertad.

De repente, se oyó un ruido de fondo, como si algo cayera, y Margareth soltó un grito ahogado.

— ¿Está todo bien? —preguntó James, preocupado.

— Yo... no lo sé. Sobre todo, ten cuidado... —Hizo una pausa, a pesar de su respiración rápida y entrecortada—. ¡Confía en mí! Y... ten precaución al venir aquí.

Su tono, mezcla de miedo y urgencia, lo había dejado, cuando menos, perplejo. *¿Qué estaba pasando realmente en Oxford?* pensó.

— De acuerdo —asintió, tratando de controlar el temblor de su voz mientras una latente ansiedad empezaba a retorcerle el estómago.

— Hasta mañana, Maggy. Cuídate.

Colgó, con el corazón acelerado y la desagradable sensación de que algo grave estaba ocurriendo.



En el tren, Parker movió la cabeza de un lado a otro, respiró hondo y miró al techo del vagón.

¿Qué utilidad podía tener para ella un profesor como yo, que siempre he estado en un papel secundario? ¿Qué tengo yo que ver con las regiones de Sumeria y Mesopotamia?

El profesor se quedó perplejo, ya que sus conocimientos arqueológicos se limitaban a las civilizaciones azteca, tolteca y maya.

También era docente en matemáticas cuánticas², y pensó que tal vez su colega le iba a pedir que resolviera un problema de cálculo complejo; sin embargo, hacía un año que no daba clases y había dejado de investigar.

¿Seré capaz de cumplir sus expectativas después de este periodo de inactividad? Me siento un poco... oxidado.

Desde que se fue de permiso, se había dedicado a la apicultura. Cuidaba sus colmenas con esmero y vendía su miel por Internet. Sin embargo, tras esta fachada de apicultor apasionado se escondía otra realidad. El profesor no dedicaba toda su energía al estudio de las abejas. A veces, el brillo fugaz de sus ojos delataba pensamientos mucho más complejos que la simple producción de miel; preocupaciones que iban mucho más allá de ese sereno entorno.

Además, sus ausencias ocasionales y sus llamadas furtivas dejaban

² Rama de la física que describe el comportamiento de objetos microscópicos: moléculas, átomos o partículas.

entrever otra faceta más enigmática de su vida.



Al principio, esta llamada improvisada había perturbado su rutina y había empezado a refunfuñar. Luego, el enfado dio paso al entusiasmo. No había vuelto a la universidad desde su fiesta de despedida, y tenía que admitir que este reencuentro con el pasado despertaba su curiosidad.

Cuando se acercaba a su destino, dobló el periódico *The Times* y lo metió en su viejo maletín de cuero marrón antes de levantarse. Cuando estaba a punto de abandonar su asiento, se fijó en un hombre de mirada sospechosa que parecía observarlo desde el vagón contiguo.

Aunque el desconocido, al verse descubierto, apartó rápidamente la mirada, James sintió cierta inquietud.

¡Vamos, cálmate! pensó, sacudiendo la cabeza. *Estás paranoico. Solo estás nervioso por volver a ver a Margareth.*

En la estación de Oxford, bajó rápidamente del tren, corrió por el andén hasta la salida y descendió las escaleras hasta la entrada de la estación.

Demasiada vitalidad Abuelo, ¿eh?, bromeó, tratando de enmascarar su ansiedad con una capa de humor.

Lleno de energía mezclada con inquietud, decidió aprovechar al máximo el sol y partió a pie hacia el Instituto de Arqueología. Tras cruzar el puente sobre el arroyo Castle Mill, pasó por delante de la oficina de atención al estudiante de Worcester Street. De repente, el ruido de un motor lo hizo darse la vuelta y se sobresaltó al ver un coche negro con los vidrios polarizados que se precipitaba hacia él, frenando unos segundos, antes de acelerar de nuevo bruscamente. Al instante, un largo escalofrío lo recorrió y sintió que se le erizaban todos los pelos.

Cálmate, se reprendió interiormente. *Te estás estresando demasiado por esta reunión. No hay necesidad de ver complots por todas partes.*

Basándose en esta decisión, bajó por Beaumont Street en dirección al Museo Ashmolean³, mientras sus pasos resonaban en la calle empedrada. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos por controlarse, no pudo evitar mirar a su alrededor, convencido de que lo observaban.



Quince minutos después, se encontró en compañía de Margareth Thomson. La vio como la recordaba: quince años más joven que él, casi igual de alta, con un aire serio que contrastaba con su peinado moderno,

³ El museo universitario más antiguo del mundo, en Oxford.

dándole una elegancia muy británica. Su aspecto bien cuidado y sus ojos vivaces daban testimonio de una inteligencia no menos aguda. Su largo cabello rubio recogido en un moño despejaba su frente y resaltaba la fina estructura ósea de sus mejillas. Bonita sin ser realmente hermosa. Cuando Margareth sonreía, una sutil distribución de luces y sombras la transformaban en una espléndida criatura a la que James admiraba tanto por su aspecto, como por su brillante mente. Tras un rápido intercambio de saludos, ella le ofreció asiento y le brindó amablemente una taza de té. Sin embargo, fiel a su costumbre, rechazó con gentileza la infusión, y tomó de su maletín varios elementos. Con una amplia sonrisa, sacó su extraordinario té Harrods Royal Blend, acompañado de unos inesperados instrumentos de medición, y entonces, ante la divertida pero intrigada mirada de su anfitriona, comenzó su ritual con una precisión casi científica. Primero comprobó la temperatura del agua, esperando pacientemente a que alcanzara exactamente los 88 °C. Después vertió el líquido sobre las hojas de té con meticulosa delicadeza, antes de voltear con pericia su reloj de arena casero.

— Querida —explicó con una seriedad casi cómica—, lo entiendes, ¿verdad? Tres minutos y cuarenta y cinco segundos es el tiempo que se necesita para liberar toda la sutileza de esta mezcla única.

Margareth estalló en carcajadas ante tan extravagante espectáculo.

— ¡Dios mío, James! —exclamó—. Con todos esos instrumentos, realmente eres el rey de los expertos en té.

Imperturbable, ni siquiera levantó una ceja, simulando no haberle prestado atención. Desvió hábilmente la conversación, mientras el delicado aroma de su *perfecta* preparación flotaba en el aire.

— Bueno, aquí no ha cambiado nada —dijo, recorriendo su escritorio con la mirada—. Vaya, has convertido este lugar en un santuario del profesor Parker —añadió, bromeando.

— No —contestó riendo—, simplemente no he tenido ni un segundo para pensar en mi decoración personal.

— Así que ahora dime: ¿cómo puedo ayudarte?

Su exasistente abrió el cajón izquierdo de su escritorio, y con un gesto impasible, sacó una carpeta de cartón color lila, que le entregó.

Parker la tomó y leyó la etiqueta.

EXTRACTO DE LAS TABLAS DE LA REVELACIÓN DEL REY D'ALULIM D'ERIDU

Primer monarca legendario de Sumeria (3000 a.C.)

Tablillas y documentos hallados en Londres durante las excavaciones para la construcción de la sede europea de Bloomberg en Victoria Street.

Apartó las bandas elásticas negras de las esquinas de la carpeta, dobló la sobrecubierta, la abrió, se ajustó las gafas, carraspeó y siguió leyendo. Aquel descubrimiento había dejado estupefacto al equipo del departamento. Encerrados en una esfera, sobre soportes de arcilla, estaban unos manuscritos que tenían más de cinco mil años de antigüedad. El texto empezaba mencionando a un monarca que había reinado alrededor del año 3000 a. C. Este relato, grabado en las tablillas, contaba cómo las manos del rey habían redactado estos escritos, bajo el control de una entidad divina llamada "la Fuente":

Una noche de verano, mientras meditaba a solas en la terraza de mi palacio, apareció en el cielo una carroza de luz. Una voz cristalina me habló y una llama azulada se apoderó de mi cuerpo. Mis dedos empezaron a escribir por sí solos, guiados por la voluntad de "la Fuente".

Con los ojos clavados en las palabras, James sintió que sus manos temblaban incontrolablemente. Entonces, una sensación indescriptible, una corriente latente de excitación recorrió su espina dorsal, encendiendo una nueva chispa de curiosidad. La historia continuó, describiendo tres objetos misteriosos y pronunciando una enigmática profecía:

"Tres esferas para un reino, una esfera para cada luna, una revelación para cada esfera".

Las instrucciones eran precisas e inquietantes: arrojarlas al río Tigris en ciertos tiempos determinados, porque de estos actos dependería el destino de la humanidad.

El profesor levantó la cabeza, asombrado.

— Margareth, esto es... increíble, ¿verdad?

Su mente racional luchaba contra la maravilla de este descubrimiento. Sin embargo, los manuscritos sin pruebas arqueológicas tangibles tenían un valor limitado y él lo sabía. Se pasó una mano por el pelo, perplejo.

— Es interesante, pero... es algo breve, ¿no crees? Para una obra de tal importancia histórica, habría esperado más detalles.

Una enigmática sonrisa se dibujó en los labios carmesí de Margareth.

— *Deberías haberte tomado la molestia de leer lo que seguía, Parker.*

¿Lo que seguía? —repitió él, sorprendido—. ¿Qué seguía?

Su colega, le señaló una subcarátula dentro del documento:

— Mira la sección marcada en verde.

Parker dejó escapar una risita avergonzada mientras observaba lo que su exasistente le indicaba.

— Ah, sí, ¡perdón! Me quedé tan impresionado por este primer texto que no consulté el resto.

Se agachó para coger el expediente, lo abrió con cuidado y empezó a leer su contenido, con los ojos abiertos de par en par por el asombro que tenía mientras leía.

Yo soy la Fuente, el Alfa y el Omega.

Ahora, en el escrito, se describía la creación del cosmos en tres fases: primero, los seres angélicos, dotados de tres esencias divinas: energía, sabiduría y emociones. Después, tras milenios de meditación, la segunda fase: el universo material, que culminaba en la tercera fase, con la creación de la Tierra y la humanidad.

— Fascinante —murmuró—. Esta visión del nacimiento del Universo se parece tanto al Génesis⁴ como al Rig Veda⁵.

Pero su rostro se ensombreció al leer el resto del texto. En su interior, se desataba una tormenta entre el científico y el arqueólogo. *Una rebelión celestial... Un tema recurrente en la mitología, pero aquí, me pregunto: ¿aceptaría realmente un creador la sublevación como consecuencia del libre albedrío? Dios mío, ¿este escrito me confunde y me fascina! En cualquier caso, plantea muchas preguntas sobre el bien, el mal y la responsabilidad divina...*

Su ceño se frunció mientras continuaba su lectura silenciosa. Las palabras parecían cobrar vida, evocando conflictos celestiales y elecciones con consecuencias eternas.

Siguió mirando el manuscrito, como hipnotizado, mientras su mente daba vueltas en un torbellino de preguntas.

— Tres esferas misteriosas... Mé, Gestug, Lipis... Cada una contiene una esencia sobrenatural.

Estos escritos... tan extraños, pero tan "reales", pensó.

Se sintió arrastrado por sus pensamientos hacia textos que ya había leído en su pasado como profesor de arqueología, pero se resistió.

¡No! Contrólate. Esto es solo una vieja leyenda, nada más.

Miró a su colega; su rostro reflejaba una mezcla de curiosidad y temor.

Después, el resto del manuscrito anunciaba una especie de profecía: en cinco mil años, las esferas se manifestarían y su poder podría derrotar a una especie de rebelión celestial pero, si caían en malas manos, podrían destruir a la humanidad.

Frunció el ceño y su escepticismo creció mientras calculaba rápidamente.

— Cinco mil años... Entonces, si estos escritos datan realmente de la época sumeria, deduzco que... pero no, no, eso es absurdo —murmuró, dejando escapar una breve risa sarcástica y sacudiendo ligeramente la cabeza.

Margareth, al notar su vacilación, intervino con voz apenas audible:

— ¿Así que tal vez estamos viviendo en la década final? James, sé que parece una locura, pero piénsalo.

⁴ Primer libro de la Biblia.

⁵ Uno de los textos sagrados más antiguos del hinduismo.

Parker arqueó una ceja, entre la incredulidad y la fascinación, y luego le sonrió a su colega.

Al reanudar la lectura, su mirada se posó en unos nombres que conocía demasiado bien... Asmodeus y Nahaash. Fue entonces cuando se le heló la sangre. En efecto, esos nombres resonaban como un eco siniestro en su mente. Su rostro permaneció impasible, pero en sus ojos había un brillo de asombro e inquietud.

¿Cómo es posible que estos seres malignos estén incluidos en este documento? Mañana investigaré sobre ello con el equipo del departamento, se prometió a sí mismo.

Aunque preocupado, siguió leyendo. La aparición de nuevos apelativos, como Ahcanabe, Mehenilan y Yéyals, despertó su interés. Estaba aún más intrigado porque se suponía que representaban fuerzas que luchaban contra el mal. Releyó varias veces estos pasajes en voz baja. Tuvo la vaga sensación de que esas entidades enigmáticas parecían desempeñar un papel crucial en la historia, pero su naturaleza exacta seguía sin estar clara, lo que añadía aún más misterio al texto, ya de por sí desconcertante.

— ¡Es hechizante y a la vez completamente "excéntrico"! —exclamó en voz alta, tratando de calmarse.

Cuando levantó la cabeza, vio la angustia palpable en el rostro de Margareth. Intentó sonreír para tranquilizarla, a pesar de su propio malestar, y luego, tras un momento de silencio, habló, aunque con un leve temblor en la voz:

— Una excelente traducción al inglés de un documento que data de hace 3000 años antes de Cristo, redactado originalmente en un sistema de escritura antiguo (hizo una pausa antes de continuar). Yo diría que es obra de un loco, quizá inspirado en la epopeya de Gilgamesh⁶, añadió con una risa ligeramente forzada.

Luego, en un tono que pretendía ser tranquilizador pero que, en realidad, delataba duda, concluyó:

— No arruines tu sueño con ese viejo cuento. Probablemente solo sea una leyenda.

Pero al cerrar el expediente, Parker recordó un detalle inquietante. Releyó la parte final de la publicación, que hablaba de otro escrito por descifrar.

— El texto mencionaba un mensaje cifrado: "*Él descifrára el código grabado en mi interior*". ¿De qué se trata este código que se menciona aquí? ¿Y dónde se encuentra?

Margareth no pestañeó y se quedó mirándolo unos instantes. Luego sacó un par de guantes de látex, y se los puso para abrir un pequeño cofre de madera. De él sacó una esfera hueca de cerámica, recubierta de una especie

⁶ La Epopeya de Gilgamesh narra las aventuras de un rey mesopotámico que, enfrentado a la muerte, busca la vida eterna antes de aceptar su condición humana.

de capa metálica.

— ¡Rayos! ¡Es increíble! ¡Existe de verdad!, exclamó asombrado.

No podía creer lo que veían sus ojos... Se quedó sin habla, pero su mente empezó a acelerarse. *¿Podría ser real esta profecía?* Entonces cambió de opinión. *No, tengo que ser racional. Tiene que haber una explicación lógica para todo esto. Y si... No puedo evitar sentir que nos enfrentamos a algo extraño, tal vez hasta peligroso.*

Al ver la expresión preocupada de su colega, trató una vez más de tranquilizarla, cuando ella dijo:

— Tiene dieciséis centímetros de diámetro y mira, ahí... —acercando el objeto a su rostro, señaló un punto con su dedo meñique enguantado—, tiene un agujero en la parte superior del tamaño de una moneda de cincuenta peniques⁷.

Luego, con delicadeza, sacó de la esfera unas cincuenta piezas diminutas de forma irregular y las depositó sobre la pequeña alfombrilla de terciopelo rojo que había sobre el escritorio.

Parker la observaba inmóvil, como suspendido entre la fantasía y la realidad. Su mente, habitualmente tan analítica, parecía flotar en el aire, en estado de asombro. No podía conciliar sus observaciones con sus creencias.

Finalmente, con orden y método, Margareth encajó las piezas como un rompecabezas, y de repente, la sonrisa de James se congeló. Se quedó de pie, con la cara fija y ambas manos abiertas, esperando más explicaciones.

Sin decir palabra, limitándose a observar a su amigo, abrió el cajón de su derecha, cogió una enorme lupa y se la entregó.

— Mira —susurró con burla—. Este es el origen del texto que estabas leyendo.

El profesor refunfuñó, bajó los ojos, frunció los labios y empezó a mirar atentamente lo que estaba escrito, y al instante, se le iluminó el rostro.

Mirando a Margareth, con calma, continuó:

— Un rompecabezas de tablillas sumerias, de cinco mil años de antigüedad, con un manuscrito redactado en inglés, aunque en ese entonces Inglaterra y los ingleses no existían.

Sacudió la cabeza y suspiró profundamente antes de continuar, visiblemente aliviado por este descubrimiento que disipaba sus temores:

— ¡Es falso! Todo está perfectamente ejecutado, por supuesto, ¡pero es falso! ¿Y dónde está el famoso código que hay que descifrar?

— Está ahí. Lo vimos dentro de la esfera. Estaba escrito en dos partes en su superficie interior... Utilicé una minicámara para explorarlo.

Luego, la mujer le entregó una transcripción de su investigación en un paquete de varias hojas.

Tomó los documentos y sus ojos se abrieron de par en par al intentar descifrar el contenido.

⁷ Moneda del Reino Unido.

Parte 1

|

41° 55′ 04.3"N 87° 38′ 49.1"W — Alistair
48° 53′ 17.9"N 2° 20′ 17.6— Romain
40° 46′ 05.3"N 73° 59′ 30.1"W — April
42° 20′ 54.0"N 0° 43′ 32.6"W — Hugo
52° 15′ 02.9"N 0° 52.3"W — Monca

Watch over and protect the young men, I have chosen them, teach them my word, prepare them toight Asm Nahaash.

Three spheres for a kingdom, one sphere for each moo, one revelation fon&

#x72; each sphere.

]

Parte 2

[
Ahcanabe, wake up, James Parker! The day has come for you to become aware of your past, to open the way and to accomplish your misison.]

— Desconcertante e improbable —murmuró, mirando fijamente la esfera. ¿Cómo es posible que todo esto se haya grabado dentro de un objeto hueco, y en aquella época? (Se recuperó rápidamente, disimulando su asombro). Estoy convencido de que se trata de una farsa.

— ¿De verdad lo crees? —insistió su colega, con duda.

— Te lo garantizo —declaró con fingida confianza.

— Bueno —continuó Margareth—, en cualquier caso, he transcrito todos los textos y el código en esta memoria USB. Puedes analizarlos con tu programa de decodificación lingüística.

Dividido entre la curiosidad y el escepticismo, tomó el dispositivo que le entregó su amiga. Intentando ocultar su confusión, movió la cabeza de izquierda a derecha y frunció los labios.

— Es una pérdida de tiempo, Maggie —dijo, con la esperanza de convencerla.

Disimuló su asombro ante el código grabado en la esfera, mientras intentaba explicarle con calma:

— Piénsalo, el inglés data del siglo V después de Cristo, pero estas tablillas, de las que se dice que tienen cinco mil años, están escritas en inglés moderno. (Sonríe con tranquilidad). ¡Es una estafa! ¡Es una falsificación!

- Yo también pensé lo mismo al principio —respondió ella—. A decir verdad, estuve a punto de guardar todo esto en el fondo de nuestras bodegas. Pero... no sé, algo, una intuición, me hizo cambiar de opinión... —dijo, chasqueando los dedos—. Así que las envié al laboratorio de la universidad para que determinaran su antigüedad.

Suspirando, tomó un gran sobre blanco y se lo entregó.

- Parece que estos fragmentos realmente datan de hace más de cinco mil años. La calidad de la arcilla y los óxidos utilizados coinciden con los materiales hallados en restos de la misma época.

James metió la mano en el sobre, con el ceño fruncido sacó el documento y empezó a comprobar su procedencia. La dirección decía:

**Unidad aceleradora de radiocarbono de Oxford.
Laboratorio de investigación en arqueología e historia del arte.
Escuela de arqueología
1 South Park Road
Oxford ox 1 3 tg-uk**

Luego desdobló el informe y lo leyó, analizándolo cuidadosamente. Cuando llegó al final, no se dio cuenta de que le temblaban las manos de la emoción. Levantó la cabeza y miró aturdido a su colega, antes de repetirse a sí mismo:

- ¿Cómo es posible? ¿De verdad crees que esto pueda ocurrir?
- Escúchame —continuó—, porque aún no he tocado los puntos importantes. Te sorprenderás.
- Vamos, resopló, rascándose la nuca con nerviosismo.

Margareth se levantó, rodeó su mesa, se acercó al primer documento de papel que él había leído, y con una línea roja, subrayó las tres palabras: Ahcanabe, Mehenilan y Yéyals.

- ¿Significan algo para ti?
- Bueno, digamos que conozco estos nombres y me recuerdan las fuerzas que luchan contra el mal, pero no puedo decir más que eso.
- Así que te voy a aclarar un poco —sonrió—. Verás, James, estoy trabajando con una becaria mexicana, como parte de un año de intercambio universitario. Y ella parece saber un poco más. Reconoce las palabras fonéticamente y le recuerdan los sonidos de una forma de dialecto maya que utilizaban sus abuelos.

Entonces se le dibujó una sonrisa en su cara y le dijo:

- La cultura maya es tu especialidad, ¿no?
- Sin previo aviso, Parker saltó de la silla y se dirigió a la gran librería de pared que ocupaba gran parte del lateral de su antiguo despacho.
- Menos mal que no has tirado nada. Veamos... Necesito una referencia sobre la pronunciación fonética de las palabras, murmuró mientras

movía los libros de un lado a otro.

Unos segundos después, sacó de la estantería un viejo libro en francés, con cubierta de color mármol y encuadernación roja.

**[VOCABULARIO MAYA FRANCÉS
CONDE DE CHARENCEY
ALENÇON
E. RENAUT DE BROISE, IMPRESOR Y LITÓGRAFO.
PLAZA DE ARMAS
1884]**

Tras varios minutos de revisión, sonrió y exclamó:

- He encontrado los términos que buscamos en las páginas dieciséis, treinta y siete y cuarenta. Yéyals significa "Los elegidos"; Mehenilan puede traducirse como "El hijo del padre desconocido", y por último, Ahcanabe significa "El guardián de los caminos".

Luego dejó el imponente libro sobre su escritorio y, con un gesto indeciso continuó, posando un dedo sobre el papel secante de cuero, puntuando cada una de sus frases:

- Piénsalo por un momento: estamos hablando de una tablilla del tercer milenio antes de Cristo, en inglés, con referencias mayas. ¡Es totalmente incongruente en el tiempo y además geográficamente incoherente! Ante estas afirmaciones, los ojos de Margareth brillaban.
- Exacto, James, ¿y si fue intencionado? Los textos Alulim de Eridu⁸ podrían explicarlo.
- ¿Estás sugiriendo que esta... "Fuente" ha mezclado deliberadamente épocas y culturas? —preguntó, escéptico.
- Exactamente, afirmó convencida. Todo parece haber sido diseñado para ocultar el verdadero significado de la profecía. Las palabras mayas, por ejemplo, podrían resultar ser una pista crucial.
- ¿Y qué tengo yo que ver con eso?, respondió, desconcertado.
- Piénsalo —sonrió con indulgencia, como si se le hablara a un niño cuyas habilidades conoce—. Nos llegan estos documentos. Están escritos en inglés y contienen palabras mayas. No es casualidad... e incluso tú podrías ser la clave para descifrarlos.
- ¿Yo?, exclamó incrédulo. ¿Cómo puedo ser yo la clave de este misterio? ¡Qué absurdo!

⁸ Primer rey legendario que aparece en la Lista Real Sumeria, un documento antiguo que enumera los reyes de Sumer y sus respectivos reinados.

— Sin embargo, estas “coincidencias” son demasiado precisas. Pero... ¿por qué nosotros? ¿Por qué los ingleses? ¿Por qué palabras mayas? Las estadísticas contradicen nuestras dudas.

— James. Tiene que haber una razón para este fenómeno —insistió su amiga.

El profesor soltó un profundo suspiro antes de mirarla frustrado.

— Bien, digamos que sí. ¿Qué se supone, entonces, que debo entender en este laberinto arqueológico? —dijo, resignado pero intrigado al mismo tiempo.

El rostro de la joven profesora se ensombreció. Respiró hondo y sus manos empezaron a temblar mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

— Me han amenazado, amigo mío, me exigen que les entregue la esfera y las tabletas. De hecho, por eso me puse en contacto contigo.

— Pero ¿de quiénes hablas? ¿Has identificado a estas personas? ¿Conoces sus motivos?

— No lo sé, me llaman a todas horas del día y de la noche, a mi lugar de trabajo y a mi casa. Cuando estoy sola, recibo hasta diez llamadas anónimas al día en mi móvil privado. Su intimidación me aterroriza y tengo que admitir que tengo miedo.

— ¿Te has puesto en contacto con la policía?

— Por supuesto que sí. Desde el primer día, pero el comisario se limitó a hacer caso omiso de mis comentarios, diciendo que debía de tratarse de una broma de estudiantes.

— ¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó, rascándose la barbilla.

— Me gustaría confiarte la esfera y las tablillas originales para que puedas llevártelas —dijo—. He mandado a hacer copias para guardarlas en la caja fuerte.

— ¿Por qué yo? ¿Qué tengo que ver con esto? ¿De verdad crees que estos objetos se conservarían mejor en mi casa?

— No lo sé, pero sentí algo, y tu nombre me vino como anillo al dedo —recuperó el aliento y continuó—. Fueron los términos mayas los que me convencieron para llamarte. Estoy firmemente convencida de que estas piezas no contienen esta información por casualidad. Por favor, ¡no me obligues a pedirte! ¡Por favor! Quédate con estas reliquias, solo durante unas semanas, hasta que se aclare todo el asunto.

Parker, sintiéndose atrapado, estuvo a punto de negarse, pero al mirar los rasgos de su colega, vio cansancio y desesperación. Así que aceptó a regañadientes, solo para tranquilizarla.

— De acuerdo, has ganado, pero sigo pensando que te preocupas por esta maldita esfera para nada. Si bien es cierto que algunos puntos me inquietan un poco, estoy bastante seguro de que ninguno de estos argumentos resistirá un planteamiento científico riguroso.

Poco a poco, Margareth se fue calmando, y cuando recuperó la

compostura, miró el reloj.

— Me muero de hambre —dijo con una risa falsa.

Sin esperar respuesta, tomó a Parker del brazo y lo invitó a disfrutar de una cerveza y un plato de filete de pescado acompañado de papas fritas.



Mientras compartían la comida en el restaurante *Whitehorse* de Broad Street, James recordó cómo, en el camino, Margareth había charlado cordialmente con los estudiantes con los que se habían cruzado. Con toda sencillez y gran amabilidad, se había detenido a conversar con quienes se le acercaban, a pesar de su aparente cansancio.

Ahora que estaban sentados y esperando su pedido, exclamó con admiración:

— Tienes un verdadero don para tranquilizar a la gente.

— Tú me lo enseñaste —respondió sonriendo—. ¿Recuerdas mi primer año como tu ayudante?

Luego la conversación derivó hacia otros temas más ligeros. El almuerzo transcurrió tranquilamente; ella parecía haber recuperado el temple y su serenidad británica, y habló de sus planes para el departamento con renovado entusiasmo. Fue entonces cuando él se dio cuenta de lo mucho que había progresado, de una tímida aprendiz a una mujer segura de sí misma y llena de vitalidad. En medio de la charla, ella lo miró, sus ojos brillaban:

— Bueno, verás, a pesar de todo lo que está pasando, estoy disfrutando de tu compañía —dijo entusiasmada—. Siempre me has apoyado, James, y te echo mucho de menos.

Estas palabras tocaron el corazón del profesor, recordándole por qué le gustaba tanto aquella joven brillante y generosa. Es cierto que, a veces, incluso había pensado en cortejarla. Pero cada vez que se le pasaba por la cabeza, le asaltaban los recuerdos...



París, quince años antes. Las imágenes pasan por su mente. En su memoria, Garance, su novia de la adolescencia, sonreía. Su pelo castaño, su risa cristalina, su aroma a jazmín... todo seguía vibrando en él con una energía desbordante.

Su encuentro en la Universidad de la Sorbona, sus sueños compartidos, su intensa pasión, todo había sido perfecto. Hasta aquel fatídico fin de semana, cuando Garance se marchó prometiéndole una sorpresa a su regreso. James aún recordaba su último beso en el andén de la estación, sin

saber que sería el último.

Ella nunca regresó. A pesar de las requisas y las investigaciones policiales no se logró dar con su paradero. Ni siquiera los detectives privados que contrató habían podido localizarla; parecía haberse desvanecido en el aire. Esta desaparición inexplicable lo había dejado desolado, incapaz de seguir adelante.

El sonido de los cubiertos sobre un plato lo devolvió al presente. Margareth lo miraba con dulzura. Parker sabía que ella sentía algo por él, pero su corazón seguía atrapado en el pasado.



En el tren de vuelta a Londres, el profesor miraba fijamente su maletín, que contenía la esfera y las diminutas piezas. Una ansiedad creciente atormentó su mente. Las sombras de Asmodeus y Nahaash parecían cernirse sobre él, sus nombres seguían resonando en su cabeza como una siniestra advertencia.

Cerró los ojos, tratando de desterrar esos pensamientos, pero el rostro ansioso de Margareth seguía preocupándolo.

¿Estará a salvo? se preguntó, mientras una sensación gélida recorría sus venas. El miedo que sentía por su colega y amiga le inquietaba mucho más que su propia incertidumbre.

Volviendo a pensar en los acontecimientos que se habían desarrollado, sus dedos rozaron su maletín, sintiendo la forma de la caja a través del cuero donde estaban guardadas las reliquias.

Si este texto es cierto... ¡qué terrible poder tenemos entre nuestras manos!, pensó.